

¿América Latina: giro a la izquierda?

Pierre Gilhodes*

Profesor Investigador

Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales
de la Universidad Externado de Colombia

Correo electrónico:

gilhodes.pierre@wanadoo.fr

Hace aproximadamente diez años que empiezan a surgir interrogaciones sobre diversos gobiernos y fuerzas políticas latinoamericanas así como sobre las políticas que quieren poner en obra. Dentro y fuera del subcontinente muchos pretenden que éste, presentaría rasgos singulares que le significan un lugar aparte en el examen de una evolución mundial que se caracterizaría por el predominio del capital financiero, procesos de apertura hacia un mercado global, reconstrucción de un estado menor en sus funciones y en sus instrumentos. Esta evolución sería, a la vez, facilitada y facilitadora de un modelo democrático de gobierno entendido como la existencia y el respeto a normas y prácticas de elecciones periódicas y pluralistas así como reglas de buen gobierno y existencia de mecanismos eficaces de control. No faltan quienes abogan por una consolidación del papel del ejecutivo en lo que sería, en una elipse atrevida, una democracia de mercado. Estas tendencias se consideran

triumfantes en la mayor parte del mundo desde los Estados Unidos al Japón pasando por Europa occidental.

I. DE LAS DICTADURAS A LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Para América Latina, en los años ochenta, empezó a describirse la generalización de una transición democrática desde la Argentina al Perú, pasando por Brasil y luego Chile. Con sus normales diferencias de calendario o de cultura política, muchos se plegaban a lo que debía ser el buen gobierno con incentivos de organismos, fundaciones y gobiernos de afuera. Con la vuelta a la familia democrática de la Nicaragua sandinista solo Cuba quedaba como un lunar o un anacronismo en estos esperanzadores años. Las insurrecciones armadas, cada vez menos numerosas, eran anatematizadas como narcoguerrillas o contenidas en sus ámbitos nacionales o regionales como en

* Fecha de entrega, 28 de julio de 2007. Fecha de aceptación, 31 de agosto de 2007.

Colombia y Perú. Hasta se celebraba con alguna sorna la insurrección zapatista en Chiapas que se enquistaba en su lejana selva. En otros casos, iniciaban su regreso al contexto de los regímenes existentes, como en El Salvador o en Guatemala, unos movimientos armados al aceptar algunas reglas de vivir si no más pluralistas si más sinceras.

La descripción de esta transición hacia la democracia era cuanto más esperanzadora, pues sucedía a unos regímenes militares que se habían sostenido gracias a métodos que afectaron duramente los derechos humanos. De estos gobiernos calificados por Guillermo O'Donnell de burocrático-autoritarios²⁰³ como un nuevo modelo, implacable de gobierno de las clases dominantes y a pesar de los milagros económicos que se les reconocía: “el milagro brasileño”, “el milagro chileno”, no se veía como podrían acabarse. Se discutían las virtudes de la transición española, a la muerte de Franco, que se contraponía a la revolución de los claveles portuguesa. Coyunturas económicas menos favorables para modelos represivos, pero de apertura económica, empezaron a generar movimientos y protestas sociales a la vez que un rechazo al uso del terror y a las limitaciones de las libertades y cierto repudio internacional. Los militares en el poder prefirieron organizar su retirada y pactar sus condiciones concretas con las fuerzas políticas moderadas como en Uruguay, Brasil o Chile, intentando protegerse personalmente y dibujar un modelo de relación estado-fuerzas armadas que les significaba el mantenimiento de privile-

gios. En la Argentina, la guerra de las Malvinas terminó en una catástrofe en la que se hundió el gobierno militar. El modelo económico solo sufrió modestas adaptaciones con la venia del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial que veían estas transiciones como legitimadoras de sus propuestas.

Los partidos y dirigentes políticos, de vuelta de un exilio interno o externo más o menos largo, hicieron a un lado cualquier sentimiento revanchista o de simple justicia y su obligado tiempo libre fuera del poder les hizo más permeables a la conciliación, a la necesidad del perdón como prerrequisito de un gobierno sin sobresalto. Duramente escarmentados los pueblos entendían la necesidad de un respiro y las ventajas de las libertades públicas, aun frente a sus precarias condiciones de vida. Aceptaron, mal que bien, que las prioridades eran las de la modernización del aparato productivo, la promoción de las exportaciones, los incentivos a la inversión de capital extranjero, la lucha contra la inflación, todo un modelo de ajuste antes de la letra. Nuevas generaciones de técnicos, asesores con formación y experiencia en el exterior, como un Gonzalo Sánchez de Losada en Bolivia, abogaron por la caducidad del modelo del Estado, actor económico tanto en su versión socialista como en la que se derivaba de las experiencias de la CEPAL y de su modelo de reformas e industrialización por sustitución de importaciones.

A la vez llegaron los ecos del terremoto que afectó el mundo con la repentina e imprevista desaparición del Estado soviético y sus

²⁰³ O'Donnell, Guillermo. *Bureaucratic authoritarianism, Argentina 1966-73*, Berkeley, Universidad de California Press, 1988.

aliados, de su modelo económico, la desaparición del sistema internacional socialista, formidable llamado a conformarse con la existencia de un sistema hegemónico mundial liderado por los Estados Unidos y solo con unas variantes en lo que iba a ser la Unión Europea. Este derrumbe del modelo soviético afectó no solo a los que formaban parte de él o se sostenían en él como, en la América Latina, Cuba que lo sufrió duramente sino que también a todo el conjunto de fuerzas innovadoras, para gran sorpresa de algunas de ellas, que perdieron sus impulsos de simple reforma o suavización del modelo.

Sin embargo, la transición a la democracia y luego su consolidación fueron presentadas y generalmente aceptadas como un hecho definitivo de la segunda mitad de los ochentas al final del siglo con profundas transformaciones económicas, consecuencias de la ampliación del modelo mundial de mercado con sus imposiciones y sus eventuales variantes. En el caso de América Latina apareció España como un actor económico nuevo, divulgador del modelo dominante, inversiones fuertes y presencia creciente, inicialmente difundidos por un gobierno socialista.

Una contradicción de este momento se presentó entre la determinación de las mismas clases dirigentes agrarias, industriales, financieras (éstas cada vez más poderosas) de conservar y profundizar el mismo modelo económico considerado como obligatorio y las demandas, represadas durante el período anterior, de los sectores populares, campesinos, obreros, trabajadores informales, diferentes grupos de las

capas medias bajas (como educadores, empleados de la salud...), demandas que no se podían satisfacer o que se diluyeron con represión o control y subordinación.

En todos los casos estos sectores eran actores difíciles de silenciar o frente a los cuales se necesitaba el uso de una gran agilidad política para dividirlos, confundirlos, limitar su intervención. Solo se logró parcialmente o momentáneamente. Aparecían, desaparecían o se consolidaban movimientos sociales con carácter explosivo pocas veces transformados en movimientos políticos estables, que pedían una modificación radical del sistema político, a menudo bajo la forma de coaliciones sólidas como el Partido de los Trabajadores de Brasil o el Partido de la Revolución Democrática de México o menos cohesionados como el Frepaso de la Argentina o la Izquierda Unida que llegó a la alcaldía de Lima con Alfonso Barrantes, entre 1984 y 1987; con carácter para político o más social que político como en Ecuador, sin estabilidad alguna como en Venezuela mientras el Partido Acción Democrática y su red sindical lograban controlar la situación. Pasó lo mismo en Colombia con las profundas divisiones de la oposición política, el debilitamiento y el paso a manos liberales de la Confederación Única del Trabajo, el foso cada vez mayor entre la oposición armada y sus métodos y la oposición civil.

El modelo liberal imperaba por todas partes por presión de las fuerzas empresariales externas e internas, con las propuestas que se dieron a conocer como el Consenso de Washington²⁰⁴, para sintetizar la línea dogmática y

²⁰⁴ Formulado, a manera de síntesis, en 1989, por John Williamson.

única señalada por el Fondo Monetario Internacional y se aplicaron con apenas diferencias locales o de ritmo en función de la situación de las monedas (varios países abandonaron o prácticamente abandonaron las suyas en beneficio del dólar), de las características de su inserción internacional, o de las resistencias internas como frente a las políticas energéticas, salariales, laborales, fiscales o de subsidios. Blancos privilegiados de las reformas fueron los sistemas de salud y de pensión, cuya privatización y modificación afectó a sectores bien organizados de la clase obrera y de la función pública pudiendo incluir, en ciertos casos, a parte de las fuerzas armadas y de la policía.

Al repasar las propuestas formuladas en estos años es extraordinario el paralelismo que existía entre los diferentes países no solo de América Latina sino también de Europa o Asia oriental... como si fuera posible un molde único para todos.

Los instrumentos de medición en materia económica son dibujados para dar cuenta de otro tipo de crecimiento que el sentimiento de bienestar social; sin embargo, aparecieron otros indicadores como el de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo o los de pobreza y miseria, todos de fidelidad relativa; tienden a individualizar, atomizar los datos lo que solo muestra necesidades no satisfechas, pero no su ubicación social fuera del contexto rural-urbano. Todos coinciden para mostrar que, en estos años 1970-2000, de profunda modificación de la estructura interna y de las inserciones externas de las economías latinoamericanas, persistieron o se agravaron las condiciones de vida de la mayoría de la población de cada país. Desde

las esferas de decisión y de reflexión se intentó decir que estos frustrantes resultados se debían a un largo pasado de desigualdad y a una mala o demasiado tímida aplicación del modelo liberal contemporáneo y se invocó, ya en el presente decenio, casos asiáticos como China, Vietnam para defender esta argumentación como si estos países, su política económica, su estilo de gobierno fueran parangones de dicho gobierno. Los mejores alumnos como Menem en la Argentina, Fujimori en el Perú, Zedillo, el último presidente del PRI en México, lejos de ser los más exitosos tuvieron finales oprobiosos.

La violenta crisis de finales de los noventa, la menos pronunciada fase crítica del ciclo económico mundial, en 2001-2003, puso a considerar, a nivel ya de diversas escuelas económicas, la necesidad de revisar o cambiar dicho modelo.

II. NUEVOS RUMBOS

Su aplicación en América Latina no fue fácil y siempre tropezó con oposiciones internas de tal o cual características: tanto defensores como críticos de la política económica de Fernando Henrique Cardoso, en el Brasil, en sus dos mandatos consecutivos, se negaron a aceptar que las características del mayor país del subcontinente, lo hacían bastante heterodoxo frente a las directrices del FMI. No es una novedad en este país, pero sí lo es frente al carácter de pliego imperativo que ellas tenían. El propio México que escogió a través del NAFTA su definitiva asociación con sus vecinos del norte no se plegó siempre a la ortodoxia a pesar de la voluntad de los gobernantes, los

últimos del PRI, los primeros del PAN, conservador. Ellos leían el NAFTA como un acuerdo de integración económica mientras para los Estados Unidos es, sobre todo, un acuerdo de su seguridad nacional frente al sur latino. Las ventajas económicas las hubiera podido conseguir Washington, con o sin NAFTA pero esta frontera sur, la de la inmigración, era, es y será un gran objeto de preocupación.

Las fuerzas pro-mercado globalizado que gobernaron en la mayor parte de los países de América Latina siempre lo hicieron ganando difícilmente en las elecciones a las fuerzas de contestación como en los casos de México, Brasil, Ecuador etc... o mediante el engaño como en los casos de Argentina o de Perú donde se presentaron como opuestas a la línea liberal de un De la Rúa o de un Vargas Llosa, respectivamente. En otros casos, diferentes entre sí, como los de Chile, con la espada de Damocles militar; en Colombia, Venezuela, Uruguay el control de las maquinarias tradicionales era suficiente para derrotar oposiciones que no fueran de pura forma.

Las jóvenes democracias de esta época empezaron a derivar en gobiernos de un estilo diferente como los de Menem, Fujimori, más tarde Uribe en Colombia, para cambiar las condiciones de desempeño de las políticas económicas²⁰⁵. Se alteraron las tradicionales reglas de juego acudiendo a la reelección, se redujo el papel de los parlamentos consolidando el presidencialismo, o se subordinó el aparato judicial supremo para reescribir o reinterpretar

las reglas constitucionales. En algunos casos, como en Perú, se asociaron estrechamente las Fuerzas Armadas al nuevo poder. Lejos de llamar tan solo al orden como lo había hecho Pinochet en Chile, asociaron una mano dura contra la oposición, aun la más moderada, a un estilo de gobierno que se suele atribuir al populismo de antaño: vestirse con trajes tradicionales, usar las lenguas indígenas o los modismos regionales, pasar una gran parte del tiempo en las provincias, mantener diálogos de letra menuda con la población de los pequeños núcleos de población, demostrar, por otro lado, amplios contactos internacionales con políticos, empresarios pero también con cantantes, artistas o, en su tiempo, con el papa Juan Pablo segundo.

A este estilo de hacer política desde el poder, acudió también un Collor de Melo en Brasil, pero estuvieron muy distantes de ellos, un austero Cardoso o los primeros presidentes civiles de Chile. En su segundo mandato, tan dramático, el presidente Carlos Andrés Pérez, de Venezuela, elegido con el recuerdo de la bonanza petrolera de los años setenta y el derroche de dádivas que significó, de la nacionalización del petróleo, hubiera podido, por temperamento o por cálculo adoptar el mismo estilo de un Fujimori. Su política liberal de choque y la brutal reacción de la población pobre, no le dio esta oportunidad. En los veinte últimos años del siglo XX, el PIB venezolano bajó un 40% e hizo pasar el país de una Venezuela saudita a un país de empobrecimiento

²⁰⁵ Olano, Aldo. "El Perú y las falacias del neo populismo", *Opera* 2006-2007, CIPE, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.

generalizado; frente al paquete económico se produjo un amotinamiento más o menos espontáneo, el Caracazo de febrero de 1989, cuya represión brutal le hizo perder su legitimidad al presidente.

En otros países, estertores de lo viejo o nuevos problemas de gobierno, la estabilidad democrática se volvió problemática: Bolivia, Ecuador en los cuales los presidentes en funciones no alcanzaron a terminar sus mandatos. Se atribuían estas dificultades a fallas en los mecanismos constitucionales: método de elección del presidente o del congreso; relaciones entre los dos poderes, etc. En el caso colombiano los cuatro años de Ernesto Samper fueron marcados por permanentes esfuerzos para llevarlo a renunciar mientras su sucesor (y principal opositor) Andrés Pastrana tuvo difíciles relaciones con el ejército que lo presionó constantemente, en particular por su intento de negociar un fin del conflicto armado interno, negociación que al final se frustró.

Varios son los países en donde las nuevas conformaciones, ya con varios años de existencia, aun precaria, hubieran podido conquistar la presidencia, por vía de elecciones, mucho tiempo antes. Es el caso del Frente Amplio del Uruguay, coalición ya antigua de partidos y movimientos como los ex guerrilleros Tupamaros, desde la retirada de los generales o el del PT, en Brasil, desde la primera candidatura de Lula contra Collor de Melo, quien ganó, en 1989.

Las viejas coaliciones de partidos tradicionales con o sin renovación de fachada, de estilo frentista, parecen desacreditadas y no ofrecen una real alternativa a las ansiedades de las masas. La conformación de fuerzas de izquierda

tiene por resolver varias tareas difíciles: como conciliar la contradicción entre oposiciones legales o parlamentarias aun con programa radical y los ex guerrilleros que, al no conquistar el poder, se fragmentan entre líderes que aspiran a incorporarse al sistema, un Paz Zamora en Bolivia, un Teodoro Petkoff en Venezuela... o se marginan rápidamente. Desde luego, no faltan quienes aspiran a ganar el poder con su mismo ideal del monte o el exilio, otros simplemente aspiran a abrirse un hueco a partir del cual, con una etiqueta u otra, participar del gobierno sea de naturaleza reformista o sea simplemente incluyente. Otra tarea difícil es qué hacer con los comunistas, activos aun cuando poco numerosos en todos los países, pero a menudo separados por un profundo foso de las demás fuerzas de izquierda; de parte y parte, persisten odios, excomuniones. Esto divide y limita las posibilidades de éxito de estas izquierdas. La desaparición de la Unión Soviética en 1991, en su distante lectura latinoamericana, obliga a revisiones dramáticas de las cuales unos concluyen que ya la revolución, el socialismo no forman parte de la agenda y otros, que siguen vigentes, pero se deben alcanzar por vías nuevas, no trilladas. Una expresión de esta búsqueda es la reivindicación de José Martí en los comienzos de la revolución cubana, pasando por la invocación de Sandino en Nicaragua o ya la exaltación de Simón Bolívar en varios países. Una tercera tarea sería la de distinguir entre partidos políticos y movimientos sociales cada uno en su esfera, con sus formas de intervención política, los primeros apareciendo distantes y algo desconfiados de los segundos, a menudo espontáneos (pero manipulables), anárquicos, flor de un día, imprevisibles, pero

cercanos al sentir de la gente. Una interesante reflexión sobre la sociedad civil y su posible papel disimula mal una desconfianza, un pesimismo frente a los partidos políticos. ¿Pero se sabe poner a funcionar una democracia sin una dinámica de partido?

III. LA CUESTIÓN SOCIAL EN SUS ACTUALES TÉRMINOS

En términos sociales se estaba iniciando un debate, que no ha concluido, entre las virtualidades de las agrupaciones sociales, sus aspiraciones, su posibilidad de coalición y en ella, la problemática de la hegemonía. Es un debate salvaje donde hay cartas marcadas, donde no todos ponen en claro sus intenciones. Dos cuestiones son ya antiguas: la naturaleza, las virtualidades, aspiraciones de una clase obrera a menudo fragmentada geográficamente, dividida o aparentemente dividida por los dueños del capital extranjero, nacional, cada vez más asociados, tentada por el reformismo sindical en las importantes cuestiones del empleo, el salario, la conquista social atacada en nombre de la flexibilidad y del progreso en detrimento de una acción a nivel del poder político en todas sus expresiones de hoy.

La segunda reflexión gira, en un momento de fuertes migraciones internas e internacionales, de transformación de la producción en un contexto ya mundializado, en torno al papel y la misma existencia de un campesinado en varios casos asociado al resurgir de movimientos culturales indígenas, de formas nuevas de nativismo que pueden tener ex-

presión religiosa: en la reivindicación de la tierra, factor de producción o mito fecundo de la madre tierra. Cómo involucrar en una sola reflexión (¿es necesario?) la reivindicación de los cultivadores o cosechadores de la coca con la agro industria ¿sea la de la soya o de los cítricos? Cual es el sentido de la tortilla de maíz, de la arepa frente a un Monsanto por un lado, ¿a un Carrefour por otro? Hace tiempo que se sabe que hasta el indígena que recogía el látex en el Amazonas o el caficultor de las vertientes andinas estaban sujetos a los intereses de poderosas y lejanas (en cuanto a sus decisiones) multinacionales cuya existencia a menudo desconocen. Múltiples movimientos con mayor o menor organización, más o menos estables se consolidan entre capas diversas del campesinado, no homogéneas, llenas de contradicciones; uno de los más conocidos es el movimiento de los sin tierra en Brasil, pero existen muchos otros. ¿Estos movimientos tienen o no futuro en términos históricos, en la lucha política? El debate de los años setenta sobre descampesinización o recampesinización se plantea en términos nuevos, mucho más globales, pero no está lejos.

La tercera reflexión en torno a fuerzas sociales tiene que ver con algo muy mal definido por la expresión clase media, bajo cuya etiqueta única se pretende incorporar desde el obrero del petróleo hasta el juez de la Corte Suprema, pasando por el maestro, el empleado bancario o el mayor del ejército. En sus tiempos John J. Johnson le confirió a la clase media así incluyente las virtudes de portadora de los valores de la democracia consolidada²⁰⁶.

²⁰⁶ Johnson, John J. *Continuity and Change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1969.

Es una afirmación que resurge periódicamente, en particular en los Estados Unidos.

La clase media como tal no existe, si bien aparecen ciertos valores que pueden aparecer como elementos de una ¿cultura? común a muchos sectores de la población. La noción más próxima a su heterogeneidad sería la de capas medias por situarlos entre los poseedores del capital y su capacidad de decisión y los poseedores de su sola fuerza de trabajo utilizada o no. Son varias las capas, unas más próximas a los de abajo, otras a los de arriba. Son sectores en un permanente proceso de movilidad en el que todos aspiran a ascender, pero en el que, mientras que unos ascienden de verdad otros, los más, pierden espacio. Estas fluctuaciones no son lineales, son sujetas a la coyuntura o a las fases del ciclo económico. En Colombia se consolidó una capa media de muchas ambiciones en tiempos del presidente César Gaviria, pero volvió a caer con Samper y Pastrana, retomando esperanza, en nuevas condiciones, que ayudó a consolidar, en tiempos de Uribe. Muchos tienen a la abuela lavando ropa en la quebrada y quieren ver a su hija de gerente en el Citybank para lo cual trabajan duro, se sacrifican, se endeudan y multiplican las frustraciones: de la nevera a la casa, del carro a la finca, la Universidad, la visa US que todos buscan, más de lo que puede proporcionar la honestidad y el cabal cumplimiento de las leyes. Si el lema de esta sociedad es “hágase rico”, para qué reparar en el cómo; el ejemplo a menudo viene de arriba. En su expresión política estas capas, que algunos califican de emergentes, de joven van a creer que “los Tupamaros me lo van a dar”; “mañana, con canas, tras largo y tortuoso

recorrer”, “votaré por Felipe Calderón o, aun cuando no creo en él, por un Alan García porque más miedo le tengo a un López Obrador o un Humala”: miedo a la confiscación, a la tasa de cambio, a la inflación... Si hace falta buscar consejos o consuelo en la Biblia que reparten los hermanos evangélicos de la esquina.

Dentro de las capas medias un grupo, lo llamaremos los intelectuales, aun cuando no es homogéneo, del premio Nóbel al teatrante de calle, aspira a un lugar particular: ser el consejero del príncipe: yo, del enemigo lo sé todo porque partí el rancho con él en otros tiempos, y qué hacer también lo sé: cualquier cosa según el humor del príncipe. En nombre de Perón, yo, adulator de Menem en su tiempo, aspiro a asesorar a Cristina Fernández de Kirchner, para bien o para mal; tantos años lejos del poder en un país que tanto me necesita; tanto derroche juvenil, recorrer el monte con o sin fusil, recorrer los pasillos de la Sorbona o de la Autónoma de Barcelona, para desembocar, en lo que a bien tenga otorgarme el señor presidente. Hay que ser realista, vivir en su tiempo que es el de la globalización, del final de los privilegios obreros. Hagámonos ricos o, como dicen los primíparos en la Universidad: “¿Yo? en diez años me veo de gerente de una multinacional”. Hay excepciones desde luego, y muchas y de peso, como en todo. Consejeros del príncipe es de cualquier príncipe: el príncipe Cardoso o el príncipe Lula, el príncipe Caldera o el príncipe Chávez. No escojo, me ofrecen.

Van primero hacia los nuevos príncipes, los nuevos dirigentes porque carecen de todo, en particular de maquinaria y se les supone crédulos, como a menudo lo son; en casos de

triunfar pueden repartir más. Necesitan ideas y se dejan deslumbrar con las propuestas, recetas o discurso más o menos novedoso. Pero si no hay perspectiva con ellos me dirigiré a otros.

La ubicación de estas capas medias en la cuestión del poder es un tema de importancia. Siempre aspiran a la hegemonía, la merecen, la necesitan, pero tienen la prudencia, no siempre, de no reclamarla. ¿Quiénes conforman la verdadera esfera de consulta, propuesta u decisión en los organismos de dirección de los nuevos partidos, de sus jefes? ¿Cuántos trabajadores del campo o de la ciudad en la cúspide del poder de Lula y del PT? ¿Cuántos en el Movimiento V República y la cercanía a Chávez? A veces curtidos, veteranos maestros, por fin con poder, a veces radicales convertidos en realistas, a veces curtidos economistas, sociólogos o comunicadores que, por primera vez, ponen el pie en el estribo, pero pontifican sobre lo humano y lo divino. Compiten entre sí, son leales hasta el día en que, al darse cuenta que no son como parecen, se les aparta. Participan de capillas enfrentadas: círculos, tertulias, revistas donde se tejen los primeros contactos que pueden ser más compadrazgos que reconocimiento de méritos.

Capas medias que aspiran a clase alta ya están en otro juego. En cuanto a los más, los que van para abajo, se proletarian, pero conservan su individualismo, su “primero yo y yo solo”, suenan con el paraíso entrevisto y la injusticia que se les hizo. Son un factor clave del análisis para el que sobran nombres y ejemplos.

IV. ¿JUEGO DE ETIQUETAS? CON EL “NEO” POR DELANTE

El gobierno venezolano no se repuso del Caracazo y de su divorcio con las masas urbanas que habían creído en las capacidades milagrosas de un Carlos Andrés Pérez. En febrero de 1992, una sublevación militar de oficiales jóvenes casi acaba con el gobierno. Sus dirigentes, hasta entonces desconocidos, se inscriben en una tradición sindical-nacionalista, con referencia a Simón Bolívar, que, desde los años cuarenta, existe en las fuerzas armadas del país en competición con la red militar de Acción Democrática (que se involucra en el ejército desde aquellos años) y la red social cristiana del partido COPEI que compensa su inferioridad, cuando está en el gobierno, con una alianza con los nacionalistas. Derrotada la insurrección (y otra, unos meses después) presos sus líderes, apenas le sobrevive un año el presidente, obligado a entregar el poder a un gobierno de transición que organiza elecciones. Éstas las gana el ex presidente Rafael Caldera, pero ya separado del partido que había fundado, COPEI, y a la cabeza de un gobierno de coalición, Convergencia, que desplaza a los dos partidos del sistema. Salen de la cárcel los militares presos y organizan el Movimiento Bolivariano Revolucionario. El más notorio, Hugo Chávez, gana las elecciones de diciembre del 1998 con 56% de los votos frente al 40% de su principal contrincante. Pone por delante, como ideología, el pensamiento de Bolívar, expresión local, sentida, del nacionalismo cul-

tivado tanto por los conservadores como por los progresistas. Propone reorientar el modelo de uso por el Estado de la renta petrolera, instrumento clientelista de los gobiernos y de los partidos, con su séquito de corrupción y su complacencia por los intereses extranjeros. Apoyado por un entusiasta, pero heterogéneo y confuso movimiento, el nuevo presidente se rodea de sus compañeros de uniforme en problemas con su jerarquía y de personas significativas en diferentes movimientos de la izquierda o en fugaces apariciones electorales. El bipartidismo AD-COPEI que gobernaba desde 1958, no se repone de su derrota a pesar de permanecer enquistado en el aparato de Estado con capacidad y voluntad de daño.

Antes de su elección Chávez es caracterizado por la mayor parte de los periodistas y estudiosos como un populista demagogo y lo asemejan a Menem y a Fujimori. Se llega a ver en él un discípulo de los militares del cono sur de los años setenta. Chávez trabaja en tres direcciones esenciales: consolidar la renta petrolera mermada por los bajos precios; intenta con cierto éxito repotenciar la OPEP y abre un proceso de redefinición de la relación con las empresas extranjeras del sector. En segundo lugar abre varios programas de educación básica, de salud de masas, financiados por el alza fuerte del petróleo y por tanto de los ingresos estatales. Por fin pretende reformar la estructura del Estado para crear una república bolivariana. Un referéndum (con participación baja), lo autoriza a convocar una constituyente que, según él, definiría una nueva forma de democracia. El nuevo proyecto de Constitución es aprobado en diciembre de 1999 y, en julio del 2000, una mega-elección de todas las autorida-

des del Estado a todos los niveles, da a Chávez, de nuevo, el 60% de los votos frente a un ex compañero de sublevación, candidato de toda la oposición con el 37,5%. Su coalición con, en primer lugar, su Movimiento, controla el 56% de los escaños en la Asamblea Nacional.

Desde el inicio Chávez usa un estilo de gobierno que se quiere didáctico, de amplia comunicación, frente a la hostilidad creciente de la casi totalidad de los medios de comunicación: prensa, radio, televisión. Se apoya mucho en la capacidad logística del ejército, tal vez sobreestimándola, al desconfiar de la lealtad de los empleados públicos. Rápidamente Chávez entra en relación con países del Tercer Mundo en particular con países petroleros, miembros de la OPEP. Se acerca al gobierno cubano de Fidel Castro por el que no disimula su admiración y no escatima su ayuda. Hoy, en América Latina, la relación con Cuba sigue siendo como una piedra de toque. Se deterioran sus relaciones con Colombia que lo ve como un aliado de las guerrillas de este país, también admiradoras de Simón Bolívar, el libertador y fundador.

En estos años de la vuelta del milenio, el gobierno Chávez puede representar un vuelco en este país petrolero, pero se ve bastante aislado en el sur del continente. En efecto, en Brasil, en octubre del 1998, el presidente Cardoso es reelegido por mayoría absoluta frente al candidato Lula, del PT, éste con menos de un tercio de los votos.

En el Perú, el gobierno de Fujimori mezcla prácticas populistas y arbitrariedades después del verdadero golpe del 92 en el que recibe el apoyo de las Fuerzas Armadas. Practica una política económica de duro ajuste y logra reelegirse en segunda vuelta en el 2000 con el aval

de la OEA. Al poco tiempo, en un diluvio de espectaculares escándalos, Fujimori renuncia durante un viaje al Japón. Asume el presidente del Congreso y convoca elecciones para abril del 2001. El economista, de origen indígena, Alejandro Toledo, gana frente a la candidata conservadora Lourdes Flores y al candidato del APRA, Alan García. Durante su opaco mandato representa una línea de estricta ortodoxia liberal.

El Ecuador va de tumbos en tumbos en medio de los avatares de su economía, del inconformismo creciente, de la mediocridad del personal político y las divisiones regionales y étnicas. Destituido por el congreso el presidente Jamil Mahuad, en enero del 2001, bajo la presión callejera de los indígenas organizados y el inconformismo de un sector militar, se posesiona Gustavo Novoa. El líder de los militares reformistas, Lucio Gutiérrez será elegido

LAS ÚLTIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN ALGUNOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA

FECHAS	PRESIDENTE ELEGIDO
Diciembre 1998	Hugo Chávez, presidente en Venezuela
Julio 2000	Fox, candidato del PAN, presidente en México, derrota al PRI y al PRD
Junio 2001	Toledo, presidente en el Perú, derrota a Alan García del APRA
Mayo 2002	Uribe, presidente en Colombia, derrota al candidato liberal Horacio Serpa
Agosto 2002	Sánchez de Losada, del MNR, presidente en Bolivia
Octubre 2002	Lucio Gutiérrez, presidente en Ecuador
Octubre 2002	Lula, candidato del PT, presidente en Brasil
Mayo 2003	Kirchner, del partido justicialista, presidente en Argentina
Octubre 2004	Tabaré Vázquez, del Frente Amplio, presidente en Uruguay
Diciembre 2005	Evo Morales, del Movimiento al socialismo, presidente en Bolivia
Enero 2006	Bachelet, del partido socialista, presidente en Chile
Noviembre 2006	Rafael Correa, del Movimiento País, presidente en Ecuador
Noviembre 2006	Daniel Ortega, del Frente Sandinista, presidente en Nicaragua

en segunda vuelta, en noviembre 2002, pero su coalición con los indígenas organizados dura poco tras haberlos dividido profundamente. Hasta 2005, la presencia de Gutiérrez, convertido al liberalismo, en la presidencia, cierra las puertas al cambio. Sin embargo su elección, cierto paralelismo en el estilo y en las biografías, el desarrollo de los acontecimientos, justifican la pregunta que se formula entonces de si estaríamos presenciando una ola

de populismo o como se dice entonces de neo populismo en el subcontinente: Chávez, Lula, Gutiérrez; Guy Hermet la caracterizaría como “una democracia encarnada”²⁰⁷.

El cuadro adjunto lleva a la pregunta: ¿son las coincidencias en las fechas la señal de una ola, de un movimiento profundo que recorre a Suramérica? Después, cada elección, con las excepciones principales de México y Colombia, era sentida como un concierto de goles, más de

²⁰⁷ Hermet, Guy. *L'Amérique Latine entre démocratie et populisme*, Ramses 2004, Paris, Dunod, 2004.

una goleada: y tres, y cuatro, y cinco. Queda como una realidad que la voluntad de cambio ha recorrido el subcontinente bajo la forma de un voto popular sin precedente por algo diferente, aun cuando este algo pueda no significar lo mismo, entre el peronista Kirchner, el militar Humala, el sandinista Ortega. Pero, ¿qué es la izquierda hoy en América Latina cuando la misma pertinencia del término es puesta en discusión? ¿un estilo de gobierno? ¿una forma de dirigirse a la gente? ¿un contenido programático claro? Y, teniendo en cuenta la historia concreta de cada país: ¿Es lo mismo la izquierda en Brasil que la izquierda en Venezuela? sin descartar la posibilidad de la influencia mutua, de la contaminación de un país a otro hasta de un efecto de moda que podría ser efímero.

V. DE DIRIGENTES Y PROGRAMAS

Todos estos cambios se producen por vía de elecciones lo que ya es una novedad en la región, más acostumbrada al golpe, a la asonada o al amotinamiento para romper el continuismo, en particular para una izquierda escarmentada por la historia de Salvador Allende en Chile. Bien es verdad que en ciertos casos, de Venezuela al Ecuador, estas elecciones se producen después de una larga agonía del antiguo régimen, en situación de crisis agudas pero más o menos coyunturales: crisis de la moneda en Argentina, baja catastrófica del precio del principal producto de exportación en Venezuela, país donde la población no ve parar su empobrecimiento. A veces crisis política: agotamiento del sistema de partidos que ha creado la cultura política y le da su estabilidad, crisis del presidencialismo o de sus relaciones

con los demás poderes que llevaron a sectores conservadores, para resistir a lo que llaman el populismo, a proponer pasar al parlamentarismo; crisis de la relación entre el capital nacional, o fracciones de él, el Estado y el capital internacional con la implementación de los modelos liberales de inserción.

Estas crisis tuvieron sus *desarrollos particulares* como el que involucró a la población urbana pobre de grandes ciudades bolivianas frente a una multinacional francesa en la guerra del agua, en 1999, y desembocó en la creación de asociaciones de vecinos más o menos politizadas. En otros casos, proceden sus protagonistas de antiguas luchas sindicales, de juntas de vecinos, ligas campesinas, que aparecen, desaparecen, resurgen, con visión parcial de los problemas por resolver y que resumen sus problemas en términos generales, aun cuando pueden tener de ellos visiones muy concretas: reforma agraria, renacionalización de los recursos naturales, petróleo para el pueblo, defensa del medio ambiente... Es difícil articularlas entre sí como en Brasil los sin tierras, los sindicatos, las organizaciones de capas medias, decenas de pequeñas o medianas organizaciones más o menos próximas a la Iglesia Católica, a los comunismos y los trotzkismos, más recientemente a ciertas iglesias evangélicas con más vocación local o regional que nacional. En otros países se juntan de manera más o menos estable en torno a un dirigente, símbolo de lo nuevo como Lula en el que se reconocen por ser de su mismo origen, de su misma cultura y sigue pareciéndose a ellos. En el caso de Venezuela la fragmentación, tradicional, es peor. Los sindicatos bien controlados, con cultura clientelista, por Acción Democrática se opo-

nen, la presencia campesina, por el grado de urbanización, es débil, las organizaciones del inconformismo político se dividen en pro y anti Chávez quien les deja poco espacio; también por no coincidir sobre el espacio ocupado y el papel de los militares. El fenómeno no es inédito, se pudo conocer en Perú durante el gobierno del general Velasco Alvarado o en Panamá durante el del general Omar Torrijos, en la década de los setenta, hace treinta años, recuerdo que relativiza en algo el carácter novedoso de lo que sucede hoy.

Uno de los aglutinantes de los seguidores de estos procesos es la determinación del *enemigo*, los enemigos: el capital multinacional cuya presencia puede tener diferentes formas: norteamericano, alemán, español o francés, pero también mexicano o brasileño; el capital financiero nacional asociado al anterior, muy fuertemente simbolizado por apellidos o actividades determinadas, “los cacaos” dirían los colombianos; los organismos internacionales supuestamente vectores de las nuevas reglas del juego, sin la observación de las cuales no hay salvación. Williamson supo sintetizarlo ayer en el consenso de Washington, diez reglas que hoy no serían formuladas exactamente de la misma manera con las crisis del FMI y del Banco Mundial. Se denuncian los apologistas del nuevo decálogo tanto a nivel de divulgación como de intentos de aplicación, los ministros de hacienda desde los ya lejanos López Murphy o Roberto Campos hasta los más cercanos Domingo Cavallo en la Argentina o Agustín Carstens en México. Desde luego también, los presidentes sucesivos elegidos en estos años, con disimulo como Fujimori o sin él como Fox; son en cada país y de manera a veces muy

elíptica lo que vincula entre sí a todos estos enemigos: los ya nombrados, Menem, Majuad, Uribe, Sánchez de Losada, sin diferenciarlos. Contra ellos se produce el llamado al pueblo a federarse y a votar, a veces a sublevarse.

1. ¿Cómo caracterizar entonces a los que son capaces de lograr esta unión tan improbable de elementos muy dispares? El retrato no es único, los hay de uniforme y los hay del austero traje profesoral, los hay vestidos de indígenas con historia complicada o sin historia conocida. Una característica común es su pertenencia a una generación nueva, próxima a los cuarenta pero Lula, Tabaré, tienen mucho más.

¿Son personalidades excepcionales? No todos estos gobernantes tienen la misma notoriedad y el mismo brillante. La oleada no es militar si se considera que, tan solo en los casos de Venezuela, y de la candidatura de Humala en el Perú, quien perdió frente a Alan García son oficiales retirados. Varios son políticos de segunda o tercera fila, de poca notoriedad, inclusive políticos que militaron en partidos tradicionales como López Obrador en México, o siguen militando en ellos como Kirchner en la Argentina. Otros lideran la oposición desde hace muchos años y como tal si son conocidos, como Daniel Ortega en Nicaragua, Tabaré Vázquez o Cuahutemoc Cárdenas en México. Otros son sindicalistas de mucho tiempo como Lula o, en Colombia, el alcalde de Bogotá, Luis Eduardo Garzón. Su historia los puede relacionar con varias ideologías como los ex comunistas Garzón o Shefik Handal, en el Salvador, ya muerto, o en los movimientos

sociales como Evo Morales, de tiempo atrás próximo al castrismo y al sandinismo. Una característica común es su extracción popular o de la pequeña burguesía intelectual o de provincia lo que permite que el pueblo se reconozca más en ellos, factor de cierta importancia. Su marcha hacia la cúspide puede haber sido lenta como en el caso de Morales, Kirchner o incluso Chávez si se interpreta bien su participación, desde hace treinta años en el clandestino movimiento bolivariano en el seno del ejército de su país. Otros aparecen repentinamente (con el riesgo de opacarse rápido como Gutiérrez) como Humala o Correa.

Son buenos usuarios de la comunicación de masas moderna como Chávez o López Obrador o usan de los símbolos identificadores de Bolívar a Tupac Katari pasando por Perón. A veces, el fenómeno no es nuevo, se sirven de la simbología cristiana: la redención, la pasión, desde Lula a Chávez, lejano recuerdo de la teología de la liberación rejuvenecida por ciertas iglesias protestantes. En el caso de Paraguay frente al todo poderoso partido Colorado, el del dictador Stroessner, la coalición de oposición para las elecciones por venir, Concentración, se une detrás de un obispo católico que renunció al episcopado. Se puede notar que la presencia femenina no es grande a pesar de las historias, muy peronistas de esposas como en el caso de Cristina Fernández de Kirchner. En Chile, Michelle Bachelet, hija de un general asesinado por Pinochet, se inscribe en la historia del socialismo de este país de la que intenta retomar sus referencias. Muchos se pueden reivindicar como víctimas de los gobiernos anteriores que los encarcelaron, expulsaron, reprimieron en sus historias sindicales o militares.

Como tales pueden presentarse como la otra cara de las democracias latinoamericanas: juego de elecciones, formalismos constitucionales y fraudes, manipulaciones, represión como en Uruguay, Chile, Argentina, Colombia. En el caso de México es de notar la dificultad de la convergencia entre el movimiento indígena, la sublevación indígena en Chiapas, varios movimientos guerrilleros y el PRD presentado por los primeros como el último avatar del PRI. La biografía de Cárdenas, López Obrador les sirve para sustentar su argumentación que también retoman intelectuales como Enrique Krauze o Jorge Castañeda.

2. Una característica común es la denuncia del enemigo al que dicen enfrentarse, pero si ya se profundiza en el *aspecto programático* del movimiento tropezamos con serios problemas en parte derivados de su historia, corta o larga. Los episodios de cada historia local: vacío de poder aparente o real, elecciones improvisadas, etc., hacen que lo importante sea la personificación del cambio propuesto más que el detalle o siquiera las grandes líneas de lo que se propone hacer en el poder eventual. En la actual ola, cuatro temas se abren paso, con mayor o menor jerarquía, según los países, los momentos, las presiones.

En todos los casos, con excepción de la Argentina donde el tema se expresa en otros términos, aun siendo importante, la posesión y el uso de la tierra adquieren un carácter dramático. La *cuestión agraria*, la propuesta de reforma agraria viene de lejos, desde la independencia y ha conocido dramáticos epi-

sodios como en México, Guatemala, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Perú en los siglos XIX y XX, sin que se pueda considerar como resuelta. La consigna de “la tierra para quien la trabaja” es demasiado general para colmar las ansias de justicia social, a veces expresadas en términos culturales, de la población campesina y más aun, campesino-indígena. El peso, las exigencias del mercado mundial como en el caso de la producción de soya, de los precios y subsidios, la recién desarrollada problemática de los biocarburantes introduce dimensiones nuevas que no se podían prever hace treinta años. La política agrícola no puede suponer resuelta o superada la apetencia por la tierra, pero modifica su comprensión; la oposición entre el occidente boliviano donde falta tierra y el oriente donde no se quieren campesinos es un ejemplo de ello, que bien se podría repetir en otros países. El enriquecimiento de la temática se observa en Brasil, en México, pero a un nivel aun más académico que político. La tierra conserva su carácter explosivo como lo muestra la historia reciente de Colombia aun considerando el cultivo del árbol de coca como una producción más (lo que no es suficiente).

La propiedad o el *control de los recursos naturales* para darles el carácter de instrumentos del desarrollo nacional y social no es nuevo desde que se planteó en México con la revolución de 1910 y se resolvió parcialmente con Lázaro Cárdenas o en Chile, no solo en tiempo de Salvador Allende sino también con su antecesor inmediato, Eduardo Frei, en el caso del cobre. En Venezuela, la nacionalización del petróleo (que se debería discutir) en el primer mandato de Carlos Andrés Pérez ha planteado más problemas cuando las bonanzas

son de pocos años y las destorcidas mucho más largas con un empobrecimiento tanto a nivel de los sectores populares como de la plerórica y parcialmente parasitaria función pública, así como de otras capas. En estas condiciones es normal que surja como tema programático el del petróleo y del gas desde Venezuela hasta Bolivia pasando por Ecuador, Colombia o México. Las políticas petroleras antiguas son criticadas en nombre de la apertura y la presión de las empresas multinacionales se ejerce de forma más o menos sutil, pero insistente. La política de recuperación de recursos, principalmente energéticos, está presente en todos los movimientos que surgen en los países: su control y su uso con un gran potencial conflictivo internacional, pero es un tema que surge en términos concretos y que, más allá del uso de dichos recursos, posee, lo mismo que la tierra, un valor simbólico hasta, a menudo, para los militares que, en otros tiempos, crearon Petrobras, Yacimientos Fiscales o Petroperú.

Un tercer tema que no falta en los programas es la crítica a la concepción y al funcionamiento de las *democracias*, tal cual surgió en los años ochenta y noventa y cómo hacerla más auténtica, menos simbólica, más próxima a la gente para lo cual se critica el constitucionalismo, las practicas electorales, el funcionamiento de los congresos, la manipulación por los partidos políticos, la lejanía de la justicia, etc. Todos pretenden una democracia participativa como la que intentó implementar el PT en Porto Alegre y Sao Paulo, que le funcionó en pequeñas comunidades o barrios, pero ya no respondió satisfactoriamente a un nivel mayor. También fue una reivindicación de los constituyentes colombianos de 1990-1991 y

apareció, sin más que este homenaje virtuoso, en varias constituciones recientes.

Los movimientos actuales insisten sobre la necesidad de un proceso constituyente, como una refundación que curiosamente puede entrar en conflicto con otra reivindicación reciente, la de la descentralización u autonomía regional. Es difícil darle contenido a la nueva afirmación de pluralismo cultural, diversidad étnica, a veces de autonomía cuando al conformarse como nuevo poder, el ejecutivo por sus propias debilidades tiene prácticas centralizadoras: la concepción militar de la jerarquía y la disciplina, la escasez de cuadros a nivel regional y local, la voluntad de impedir que la oposición a menudo revanchista y conspiradora, logre incrustarse en las provincias como el Zulia venezolano o Santa Cruz boliviano, más grave aun en la ciudad de Buenos Aires, en la Argentina, reconquistada por la oposición conservadora (y futbolística, a lo Berlusconi) en 2007. La apertura democrática se traduce, entonces, en el respeto a las obligaciones electorales, en una voluntad de los gobernantes de explicar prolijamente sus políticas, en tensiones con las aspiraciones contradictorias de sectores que soportan la coalición. El control de los medios de comunicación por los sectores de oposición es interpretado como el instrumento de una conspiración.

Las nuevas constituciones reflejan estos grandes principios, pero la organización de los poderes -que tiende a fortalecer el ejecutivo- es más bien fruto de las preocupaciones del presente momento; son a menudo complicadas y difíciles de cumplir.

Una cuarta preocupación aparece en muchos de los casos estudiados. Se trata de la

afirmación de la necesidad de la *unión de los latinoamericanos* en torno a los mitos fundadores como pueden ser Bolívar o, sin explicitarlo siempre, Castro, tanto como referencia obligada como instrumento de una optimización de las posibilidades del subcontinente y de su mejor inserción en la economía mundial. La integración como voluntad viene de muy atrás, ha generado mucha decepción y no es, hoy, la preocupación más sentida de la población. Solo Mercosur pareció abrirse camino con resultados positivos entre sus cuatro países fundadores: Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay; perdió dinamismo se multiplican los problemas como sucede entre Uruguay y Argentina y, en este orden de ideas, el primer mandato de Lula no deja resultados diferentes a la tradicional retórica diplomática a pesar de grandes posibilidades.

En forma alterna la propuesta de Clinton, en la Cumbre Panamericana de Miami, de la creación de una integración de las Américas fue hábilmente combatida por Brasil hasta ser abandonada a cambio de la creación de una maraña de acuerdos bilaterales entre Estados Unidos y Chile, América Central hasta complicarse con los países andinos después de la victoria demócrata en las elecciones del 2006 para el Congreso de Washington. Las fuerzas que intentamos entender, combaten estos acuerdos de libre comercio por razones de principio y por sus modalidades concretas que les parecen lesivas para el interés nacional como se vio con varios sectores de la economía mexicana en particular para los campesinos.

Entre una propuesta global y acuerdos sectoriales existen dudas sobre cuáles son los más convenientes. Con la fuerza de su experiencia,

Venezuela pone por delante acuerdos en materia energética o en materia de banca regional de inversión. Existen muchos intereses así como contradicciones a nivel subregional que pueden limitar el deseo de integración. Se mencionó Argentina-Uruguay no por lamentable menos real, Ecuador-Perú sin insistir aquí en las dificultades entre Colombia, principal punto de apoyo del gobierno de Bush en el sur, y todos sus vecinos, aun cuando existe la voluntad de preservar los vínculos económicos provechosos para este país con Venezuela y Ecuador. De ahí numerosos incidentes y la suficiente flexibilidad para no dejarlos degenerar.

En esto hay también muchas diferencias entre estos regímenes. Brasil, con su diplomacia profesionalizada, su amplia y sofisticada visión del mundo, intenta maximizar sus posiciones: con los europeos, con la India y China, con los africanos y cuida su presencia en los organismos internacionales de la ONU, a la OMC con su capacidad de armar coaliciones, su intransigencia sin estridencias. Esto lleva a Brasilia a no adoptar una relación exclusiva con los demás suramericanos y, a veces, a encontrarse con desconfianza o contradicciones en particular con Buenos Aires. Intenta manejar con habilidad las que aparecen con Caracas.

Menos profesionalizada, con inestabilidad en el ministerio, Caracas ha visto parte de sus diplomáticos abandonar sus puestos como en el caso del embajador en las Naciones Unidas a imagen de ciertos jefes militares. Su tradición reposaba en buena parte sobre la petrolización de su política exterior en particular gracias a una presencia activa en la OPEP. Es casi medio siglo de esta presencia, en el Medio Oriente, excepcional en América Latina. Otro

ámbito activo de su diplomacia es el Caribe, pues Venezuela se puede considerar como un país profundamente caribeño. Hugo Chávez parece compartir la visión del mundo de Fidel Castro. En efecto, en todo lo que sucede en América Latina no se debe subestimar el papel, discreto pero experimentado de La Habana, que conserva un prestigio de hermano mayor, de resistencia heroica aun cuando, mucho tiempo, aislada. Los cubanos parecen convencer a muchos dirigentes de su visión del mundo a la vez que les aconsejan una gran prudencia y hasta discreción. No faltan los casos en que Fidel Castro les recomienda no hacer lo que él mismo hizo en otros tiempos. Se traduce también esta relación en colaboraciones prácticas.

El quinto punto programático, no es el menos importante, teniendo en cuenta las coaliciones de apoyo, gira en torno a *la política social*. En esto existe mucho parentesco entre un país y otro; los grandes temas son impuestos por la reivindicación de la base social de apoyo, a la que no se puede defraudar, aun cuando satisfacerla no es fácil. Esta reivindicación va a contracorriente de las prácticas económicas aconsejadas por las escuelas de hoy: esfuerzo individual, inversión de la empresa privada tanto la directamente productiva como la de los servicios. Superar el impacto de la ideología dominante erigida en ciencia exacta no es fácil. El reclamo popular, en estos momentos, va hacia la reducción de las desigualdades (que crecieron fabulosamente), la generación de empleo, un mejor acceso a la educación y la ampliación de los servicios de salud y de protección social, una mejor alimentación. Después de veinte y más años de liberalismo,

el pueblo no cree en la voluntad y la capacidad de la empresa privada de satisfacer estas exigencias hasta en sus más mínimas expresiones. Se discute el reparto del vaso de leche a los niños de las escuelas en nombre de la verdad de los precios, de la distorsión que generan los subsidios a la libre competencia, entonces qué decir de la consolidación del hospital público o de la vivienda de interés social.

El ejemplo de Brasil, desde el primer mandato de Lula con su plan Hambre Cero, la merienda escolar o los programas, llamados misiones, de Chávez en Venezuela, sirven de ejemplo aun cuando existan bajo otras formas, menos sistemáticas en otros países como México. En varios países, buenas alcaldías, desde el punto de vista social, han sido precursores de estas ampliaciones a nivel nacional como en Porto Alegre, Sao Paulo, México o Bogotá actualmente, pero la hostilidad de los gobiernos centrales o su simple indiferencia cuando no es la voluntad de recuperarlos en beneficio propio, pueden reducir su impacto y limitar la popularidad de este estilo de gobierno al gran centro urbano (¿incentivo para migraciones internas?) sin afectar a muchas provincias. Evidentemente, estas medidas no implican una gran reforma económica, pero si buena capacidad de gestión, y se pueden traducir en inmediatas y sentidas mejorías en la calidad de vida de la gente pobre y en un cambio de perspectiva sobre la realidad de la situación social, un nuevo enfoque de prioridades, el fin de ciertas discriminaciones. Es, por ejemplo, el caso de las políticas de servicios públicos cada vez más manejadas con criterios de rentabilidad económica: agua, luz, transporte colectivo y comunicaciones que tienen entonces un impacto negativo para las

poblaciones pobres, siempre más numerosas de lo que expresan las estadísticas. En todos los casos estudiados, pero particularmente en Venezuela, se pone el énfasis en la extensión de la educación básica y secundaria, a menudo sobre la escolarización de adultos.

Finalmente esta política social genera nuevas expectativas que necesitarían complementarse con una política de generación de empleo productivo, una preocupación por la productividad necesarias so pena de tropezar rápidamente con límites: los recursos y el costo, la capacidad de manejo, las posibilidades de desvíos por corrupción, etc... Unos las implementan públicamente mientras otros lo hacen con mayor discreción o a duras penas. Implican una redistribución de los recursos del Estado, cambiar la política fiscal hasta hoy complaciente con los más capacitados para tributar, beneficiados por las múltiples exenciones, la disimulación o el fraude. Reforma tributaria con progresividad de los impuestos, la implementó Lula en Brasil, país donde el nivel de tributación era bajo. En Venezuela, la política petrolera, al recuperar el control de esta rueda suelta que era PDVSA, liberó recursos para el Estado que los usa con mayor o menor eficiencia, pero también busca extender la tributación a otros sectores hasta hoy prácticamente exentos.

Si bien una política asistencial tiene inconvenientes, en particular el clientelizar a los beneficiarios que se acostumbran a esperar todo del Estado y de sus agentes, participó de un esfuerzo que se nota, en todos los casos considerados, de consolidar el sentimiento de dignidad ya despertado por la participación política y, a menudo, por una promoción

cultural que exalta los valores nacionales, los valores de indo o afroamericanismo, con manifestaciones del arte, el teatro, la canción en la calle o el uso de la radio y la televisión de barrio. Con mayor o menor éxito, esta política lleva a la exaltación de valores colectivos como el cooperativismo, el trabajo comunitario. Por esta vía, apenas en esbozo, se intenta desarrollar también una política de seguridad que reposa sobre la prevención de la delincuencia que afecta a todos los países y que hasta entonces se trataba preferentemente por la represión policiva. Faltan por definir, en este orden de ideas, el nuevo papel de la justicia como una política carcelaria que ponga fin a verdaderos desastres sociales.

Estas líneas programáticas no tienen una construcción sistemática. Los énfasis difieren de un país a otro y su desarrollo o las propuestas de aplicación o solución son, a veces, esbozadas u, otras veces, apenas sugeridas. Hay momentos en que parecen olvidadas o postergadas por la dureza de la confrontación política, otros casos en que se presentan desarticuladas²⁰⁸. Solo después de su reelección en 2006, el presidente Chávez intentó caracterizar un socialismo para el siglo XXI, retomando una etiqueta que pocos se atreven a usar por considerarse anticuada, producir miedo o estar anatematizada.

VI. ¿GOBERNAR CON QUIÉN?

En muchos casos el dirigente el candidato establecen un fuerte vínculo con su base de apoyo, en particular a través de las campañas

electorales. Necesita, sin embargo, apoyarse siempre sobre organizaciones por mínimas que sean que consoliden, sistematicen esta relación personal; son indispensables intermediarios entre el poder y el pueblo. En estos momentos se produce cierta politización o repolitización de la gente. Las prácticas presidencialistas latinoamericanas, su crisis, la propuesta teórica de la sociedad civil y su papel necesitan una reconsideración que desborda el marco de este artículo.

Por inspirado o prepotente que sea un jefe de Estado necesita gente para aconsejar, dibujar, poner en obra su política como para hacer explícitos los deseos de la población y explicarle, movilizarla a favor de las propuestas del poder (que corren el riesgo si no de ser sencillamente sus decisiones). Es lo que se ha venido en llamar los partidos políticos que sufren la existencia de varios modelos sucesivos o simultáneos. En los países que conocen este giro a la izquierda que intentamos descifrar, hasta para saber si existe, tres situaciones se presentan: en la toma del poder, recordemos que siempre es por vía de elecciones: participa un partido político preexistente, solo o en una coalición que domina, no existe una fuerza política estable sino que ésta surge en torno al candidato, durante la campaña y con mayor o menor organización o consistencia, el candidato echa mano de organizaciones de la vida social cuya vocación principal no es el poder como tal.

Entre los países donde un partido político asume el papel principal desde seleccionar el

²⁰⁸ Para una visión norteamericana del actual gobierno de Venezuela: Shifter, Michael. "In search of Hugo Chavez", en *Foreign Affairs*, New York, vol. 85, n° 3, mayo-junio 2006.

candidato, llevarlo a la victoria (o no) y participar en el gobierno, en el Congreso, se puede citar a Chile donde el partido socialista, en coalición con la democracia cristiana, se sucede a sí mismo en la elección de Michelle Bachelet. En Brasil, el partido de los trabajadores, con veinte años de existencia, logra elegir y reelegir a Luis Inacio Lula Da Silva. En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, tras perder el poder en 1990, presenta a Daniel Ortega en todas las elecciones para ganar en 2006. En la República Argentina es en medio de las luchas y cálculos de facciones del viejo partido justicialista creado por Perón, que surge la candidatura de un gobernador de la provincia más lejana. En México, el partido de la revolución democrática lanza la candidatura del alcalde de la capital, López Obrador hasta llevarlo al borde de la victoria. En Uruguay es una coalición estable, el Frente Amplio, creado en 1971, la que lleva a la presidencia al alcalde de la capital. Hasta en Colombia, es después de varios intentos el Polo Democrático Alternativo, coalición de varias fuerzas, el que lleva a un magistrado de gran prestigio, Carlos Gaviria, a ser su candidato frente a la propuesta de reelección de Álvaro Uribe, superando a los históricos partidos liberal y conservador y a cualquier intento anterior de la izquierda.

El caso del movimiento *ad hoc* de mayor relieve es el venezolano. En la primera elección de Chávez éste es apoyado por el Movimiento V República, heredero o avatar de su anterior y clandestino Movimiento Bolivariano Revolucionario. Solo en el 2007, después de su reelección, propone a éste y a otros aliados, en coalición, transformarse en un partido socialista unificado de Venezuela. En el Perú, un

oficial retirado Ollanta Humala se presenta a las elecciones con una bandera nacionalista y muestra una fuerza sorprendente; echa mano para tomar una etiqueta de un prácticamente desaparecido movimiento que había soportado anteriormente al ex secretario general de la ONU, Pérez de Cuellar. Surgido de la nada se apoyará en esta organización poco efectiva y menos cohesionada.

El Movimiento al Socialismo que apoya a su principal dirigente Evo Morales es una aglutinación de fuerzas con vocación política, de sindicatos obreros y campesinos, de organizaciones de vecinos, de intelectuales de izquierda, etc... El candidato viene de la dirección de los cocaleros de la región del Chapare. Más improvisada aún es la fuerza de apoyo a la candidatura de Rafael Correa en Ecuador, el movimiento País, quien decide no presentar candidatos al Congreso.

En realidad, existe un *continuum* entre estos dos tipos de organización, a veces el partido es más una coalición, a veces el movimiento sindical o social tiende a asumir funciones o a transformarse en partido. Estamos lejos de la unidad y disciplina de organización, de una unión de militantes en torno a un programa y una directiva legítima. La misma noción de afiliados sufre definiciones varias hasta tener afiliaciones colectivas o no distinguir bien entre afiliados, simpatizantes, electores. Es verdad que la situación de los partidos tradicionales no prepara un modelo de organización moderna. Desde partidos ayer sólidos como AD y COPEI en Venezuela, hasta el PRI en México, Colorados y Blancos en el Uruguay, etc... no parecen capaces de superar la crisis profunda, incluso en materia de organización. Hasta

un partido joven y dinámico como el social demócrata de Brasil de Cardoso y Serra no parece funcionar sino en momentos de elección. Existe como una dificultad para articular partidos, sistemas de partidos con la actual cultura política latinoamericana. En Brasil, el multifacético PMDB, hoy aliado con Lula, como el partido demócrata de los grandes intereses conservadores (hasta ayer partido de fuerzas liberales), parecen más federaciones de intereses regionales o grupos de presión. En Europa se decía que, en el fondo la derecha no necesita partidos con organización moderna, estos solo son una necesidad histórica de la izquierda. En el subcontinente, el comunismo pocas veces logró construir el modelo leninista de partido con su centralismo, su estricta disciplina, su programa único que funcionó, ayer, tan solo en Uruguay y en Chile. Esto puede relativizar en algo la debilidad organizativa, bien real, bien negativa, de las nuevas fuerzas en la oposición y, si es el caso, en el poder donde el partido es más importante aun que en la oposición. Inicialmente, los dirigentes, los presidentes, no le prestan gran atención a pesar de existir siempre voces que insistan sobre el tema.

El PT es como el mejor organizado y ha logrado construirse, lo que es poco común en Brasil, como un partido nacional. Pero el grado de organización, a nivel de los estados, comarcal y local es muy variable, lo mismo que su actividad fuera de los períodos de elección. Hay ingresos y renuncias frecuentes que pueden ser expresión de problemas, desacuerdos o rivalidades personales. Los partidarios de radicalizar la política, de apoyar con más decisión el movimiento de los sin tierras son un ejemplo de estas divisiones que, entonces, sí

son ideológicas. Todavía este partido se estructura en fracciones aun cuando no representan exactamente la variedad de organizaciones que contribuyeron a su creación: partidos de la izquierda anterior, grupos vinculados a la actividad sindical, a las iglesias, círculos intelectuales. A veces se puede pensar que el aglutinante principal es la singular personalidad de Lula y el hecho de que el pueblo se reconozca en él y, para decirlo de algún modo, solo en él, aun cuando existan figuras populares en varios estados. Lula puede ser criticado por detrás, pero sin él no habría PT y flota la pregunta de lo que podría pasar cuando se trate de buscarle un sucesor y hacerlo elegir. Se le acusa de ser temporizador, hasta indeciso, en los momentos de definición, de inclinarse por las soluciones menos conflictivas, de ser sensible a los halagos, de fiarse excesivamente de grupos de asesores que serían los verdaderos gobernantes, de estar en manos de ciertos jerarcas de la iglesia católica (hay quien, en Brasil, lo compara con el polaco Lech Walesa), pero Lula es la indispensable máscara de proa y puede apartar directivos, expulsar grupos sin mucha oposición declarada. Esta característica es conocida por los demás partidos que lo respaldan como el PMDB que algunos consideran, con su declarado clientelismo, como el principal beneficiario de la coalición parlamentaria.

El PRD mexicano es más discutible como partido y más discutido en su país entre la izquierda. En sus primeros años se construyó como coalición de ex miembros del PRI, de su izquierda, de comunistas, socialistas, intelectuales, sindicalistas, agraristas en torno a la popular figura de Cuahutemoc Cárdenas que, desde hace unos años, se ha hecho a un lado. El

PRD ha perdido fuerza en el norte en beneficio del conservador PAN, pero domina el centro y el sur del país, en particular la inmensa capital. Las divisiones internas, disidencias le han costado caro y probablemente la presidencia en la última elección. Hostiles al liberalismo económico, convencidos del necesario papel del Estado, sus miembros sin embargo, se dividen entre una línea moderada que, con precaución, se podría calificar de Pri de izquierda y un ala socialista más radical. Un punto delicado es el de la relación con los Estados Unidos, tanto por el tratado NAFTA como por el difícil tema de las migraciones de población pobre hacia este país. Todos saben en el PRD que, aun sin esperar neutralidad de las fuerzas políticas, económicas y del gobierno de los Estados Unidos, no pueden jugar a desafiarlo.

Sus críticos le discuten al PRD la procedencia de muchos de sus dirigentes, su pasado. Es desconocer el papel que ellos intentaron hacer cumplir a este partido, las alas a las que pertenecían y el hecho de que un partido nace de un sistema político caracterizado y hereda tanto sus vicios como pueden ser, en este caso, la corrupción y el clientelismo, como sus virtudes.

Un caso totalmente diferente es el de Venezuela. Hugo Chávez, en su primera campaña, lo hizo todo; su movimiento era apenas un comodín electoral. Supo rodearse de veteranos políticos de la izquierda como Luis Miqueleña, medio siglo antes dirigente comunista de importancia o José Vicente Rangel, él mismo varias veces candidato presidencial por la izquierda. Elegido Chávez, su movimiento se infla tanto a nivel popular como a nivel de cuadros con entusiastas u oportunistas mi-

litantes, militares, dirigentes “prestados” de otros partidos hasta constituir una coalición estable. Al lado de este movimiento, hegemónico pero fraccionado, figuran partidos más antiguos como Podemos, creado en 2003 por antiguos miembros del Movimiento al Socialismo, Patria para Todos, creado en 1997 por militantes procedentes de Causa Radical, y también desprendimientos de la izquierda antigua como el Partido Comunista. Le han facilitado al presidente cuadros experimentados para el gobierno y la alta administración, para el Banco Central, para la industria petrolera, en manos, hasta entonces, de los partidos tradicionales, en particular Acción Democrática. Desde este punto de vista representan más que los menos de dos millones de votos que, juntos, depositaron para la reelección de Chávez en diciembre del 2006. Algo más disciplinados, en ellos no faltan los que, con todas las buenas razones del mundo, aspiran a una parcela de poder con la que, antes, no hubieran podido sonar. Igual que los muchos militares que participan de la administración (algunos empiezan a aparecer dentro del movimiento), antes que el pensamiento propio, que muchos si tienen en sus materias, prefieren interpretar los deseos, no siempre claros, del presidente. En torno a él, los relevos de personal son frecuentes y muchos, hasta ayer cercanos, caen en desgracia y empiezan a multiplicar las críticas.

Un esfuerzo de movilización y control social fue la creación en los barrios, en las localidades, de los Círculos Bolivarianos claramente inspirados de los Comités cubanos de defensa de la revolución, cuyo papel no es el de un partido aun cuando pueden ser un buen soporte para su creación y su funcionamiento

local. Desde finales del 2006, Hugo Chávez empieza a fijar como perspectiva el socialismo para el siglo XXI y, sorprendentemente, después de su reelección propone a las fuerzas políticas que lo apoyan, fusionarse en un partido socialista unificado. Lo acepta sin restricción el Movimiento V República, pero surgen dudas y preguntas sobre los fines, las condiciones de la fusión, la plataforma, los estatutos del nuevo partido que, en algo, recuerda el proceso cubano de unión de las tres organizaciones revolucionarias en las organizaciones revolucionarias integradas y, más tarde, el partido comunista de Cuba. En el caso de Venezuela la pregunta es: ¿partido para qué?, ¿con quién?, ¿con qué lugar para los opositores o los escépticos? Venezuela muestra como, en cierto momento de la construcción, aun frágil, de un nuevo poder se impone la necesidad de un partido político para consolidar el proceso. Otra pregunta es: ¿despersonalizarlo en algo, también? Para ello se piensa en una reflexión de Chávez: “Fidel Castro me ha dicho que si yo muero esta revolución se la lleva el viento”²⁰⁹. ¿Pero cómo se concilia cierta despersonalización del proceso con la propuesta, más y más insistente, de suprimir las restricciones a la reelección? Este partido el presidente Chávez lo ve “disciplinado, eficiente y comprometido”, todo lo que su movimiento no es.

En los demás países los procesos de institucionalización que pasarían por nuevas constituciones como en Bolivia y Ecuador, poco avanzan en la construcción de una fuerza política sólida. Son coaliciones ad hoc donde

las partes constitutivas conservan sus propios fines y horizontes, sus propias organizaciones construidas en general para otro fin que el ejercicio del poder político. No facilitan la tarea de los gobernantes los cuales se ven envueltos en un permanente y desgastante proceso de negociación y regateo, de intentar armonizar intereses varios y hasta contradictorios. En esto un Morales tiene más experiencia que un Correa. Saben que el adversario, más que en los viejos partidos políticos, está en manos del poder económico, de intereses regionales y conserva poderosos vínculos con ciertos miembros de la jerarquía militar. Disponen de ayudas internacionales no solo de los Estados Unidos sino también de España, Alemania y de otros países de América Latina como México y Colombia.

En Colombia aun cuando el Polo Democrático Alternativo (PDA) parezca distante del poder, tiene una historia en algo parecida. Al conocerse la antropofagia de la izquierda es un milagro que hayan logrado convivir en un solo partido, con una candidatura, un bloque parlamentario sobre todo con historias tan variadas, tan contradictorias como la de la alianza nacional popular creada por el general Rojas Pinilla a finales de los años sesenta y hoy liderada por su nieto, Samuel Moreno, la Alianza Democrática M19, creada por ex guerrilleros de este movimiento, el partido comunista de Colombia, grupos socialistas, ciertos liberales de izquierda, sindicatos en los que el de los maestros es una fuerza por sí sola, agrupaciones indígenas o de la negritud... El verdadero

²⁰⁹ *El País*, Madrid, 24 de junio 2007.

problema, piedra de toque de su consolidación, que enfrenta y tiene que resolver esta izquierda legal es su actitud frente a la existencia y las actuaciones de las fuerzas en armas como son las FARC y el ELN. Este último, ya afirmó su intención, en algún momento de integrarse al PDA. Es un tema que, aun puesto en reserva, puede dividirlo, en todo caso es aprovechado por el gobierno de Uribe. Eventualmente se podrían escuchar propuestas de las hoy organizaciones guerrilleras si son, de verdad, como lo dicen, políticas.

VII. TODO ESTÁ POR HACER

Será el debate entonces entre moderados y radicales, los que aceptan el mercado y los socialistas, una piedra de toque del futuro de esta izquierda o sea la “izquierda mala”, según el hace tiempo guerrillero Teodoro Petkoff, hoy militante duro de la oposición venezolana: “arcaica, conservadora, falsamente radical, autoritaria y mesiánica”, y la izquierda moderna, según él, “reformismo avanzado, sensibilidad social, desarrollo económico equitativo y ampliación de la democracia”, de la cual se considera, probablemente el adalid²¹⁰.

De estos gobiernos o movimientos nuevos de izquierda varios tienen poco tiempo de existencia para ser juzgados en forma definitiva. Todos tienen la legitimidad de la elección popular aun cuando se enfrasan en tortuosos y largos procesos constituyentes para lo cual, de nuevo, tuvieron respaldo popular, por referen-

dum o en nuevas elecciones como en Bolivia y Ecuador. La difícil, delicada elaboración de nuevas constituciones distrae mucho a un nuevo poder que no tiene muchas fuerzas; le cuesta tiempo, esfuerzos e imprevistas confrontaciones. En ella se puede a la vez experimentar el espíritu jurídico latinoamericano y también su visión de una constitución que es un momento de la historia que refleja cierto proceso y puede o debe ser cambiada en otra fase, no se pretende a la estabilidad constitucional.

Brasil se puede ahorrar un proceso de este tipo, aun cuando existan problemas con las leyes electorales, por tener una constitución, post dictadura, prolija pero considerada como progresista y socialmente avanzada. La derecha local, los organismos internacionales son los que pedían, en tiempo de Cardoso en particular, una revisión que inclinara la Carta del país más hacia las orientaciones del mercado y de la globalización y menos hacia la intervención del Estado o la preservación de los derechos sociales.

Elección y reelección aun en medio o después de crisis repetidas como en la Argentina, Ecuador, Bolivia son criterios del respeto por las formas de la democracia, dentro de la tradición presidencial. Ayer se polemizaba sobre las vías de acceso a la revolución, insurreccional o electoral, hoy no parece haber duda y es un hecho que hay que registrar.

¿Cumplieron, a la fecha, los mandatarios, con más tiempo en el poder, con las expectativas de los que los eligieron? Después de sucesi-

²¹⁰ Citado por Paraguana, Paulo A. “Amérique latine, à gauche toute ou presque”. *Le Monde*, Paris, 12 de diciembre 2006. o, para una visión paralela: Castañeda, Jorge. “Latin America’s left turn”, *Foreign Affairs*, New York, vol. 85, No. 3, mayo-junio 2006.

vas elecciones (o confirmaciones) las mayorías en Venezuela y Brasil, a pesar de sólidas, bien respaldadas, nacional e internacionalmente fuerzas de oposición, prefirieron reconducir a los mandatarios de izquierda. Tanto con los criterios, por insuficientes que sean, de reducción de la pobreza como por cierta reducción de las desigualdades, sus balances han sido positivos o sentidos como tales a pesar de un crecimiento mediocre en Brasil y de la grave huelga-sabotaje de PDVSA en Venezuela. En este último caso el gobierno se vio favorecido por la fuerte alza de los precios del petróleo hasta hablarse de petro-socialismo²¹¹. El final del año 2007 y la elección presidencial en la Argentina donde la recuperación y luego el crecimiento han sido importantes, permitirán sacar un balance del gobierno Kirchner sin olvidar insertarlo en su contexto peronista. Los otros procesos son más recientes ya que Tabaré Vázquez en el Uruguay se elige en octubre del 2004, Morales en enero del 2006, Correa en noviembre del mismo año lo mismo que Daniel Ortega.

Estos últimos dan más la impresión de tener ciertas dificultades en definir sus metas como, por ejemplo, en la nacionalización del petróleo y del gas boliviano o en la redefinición de las relaciones con las petroleras extranjeras, incluyendo a Petrobras. En este mismo país, los movimientos regionales, con amenaza de secesión en el oriente, tienden más a provocar una intervención del ejército en nombre de

la unidad nacional que a crear un nuevo país, pero el presidente parece dudar de la política por seguir en estas regiones que mal conoce y donde tiene menos fuerzas.

Esta improvisación o dificultad en aplicar medidas que afecten positivamente el desarrollo social, desde una política monetaria hasta la integración regional donde hay notorias diferencias entre los gobernantes, pasando por la política agrícola o el papel del Estado en la inversión no afectan, por el momento, a las bases de apoyo de los gobiernos más sensibles a los programas de redistribución y a determinados aspectos de la política social. Dentro de una América Latina que ha conocido un buen crecimiento (5,6 % en el 2006 y se espera, tal vez, 5% en el 2007), las condiciones del mercado mundial parecen más importantes que las políticas nacionales; creció más el Perú de Toledo que el Brasil de Lula, más la Argentina de Kirchner que la Colombia de Uribe. Fue mediocre el crecimiento de México durante el mandato de Fox (2,5 % de promedio anual del PIB corriente) y Venezuela estuvo más afectada por los vaivenes del acontecer político. Para muestra los datos por años: 2000: ya con Chávez, 3,7%; 2001: 3,4%; 2002: con huelga general patronal y paro en PDVSA que también se sintió el siguiente año: -8,9%; 2003: -7,7%; 2004: 17,9%; 2005: 9,3%; 2006: 10,3%; se prevén 9% para 2007²¹². Pero para introducir la otra dimensión de este crecien-

²¹¹ Delcas, Marie. "Venezuela, petro socialisme à la Chavez", *Le Monde*, Paris, 7 de julio 2007.

²¹² El Cuadro estadístico que se presenta al final del presente *OASIS* muestra el ingreso interno bruto por persona, tanto en dólares corrientes como a paridad de poder de compra, PPC, para el año 2005, el último disponible y permite, comparándolo con años anteriores, ver los avances o retrocesos en sí o comparados con otros países, de los principales estados latinoamericanos.

to la pobreza se habría reducido de 55% de la población en el 2002 al 34% en el 2006. Bien es verdad que Venezuela tiene también el más alto nivel de inflación con 17% oficial, en un subcontinente donde este problema puede volver a amenazar.

Nunca se ha votado tanto en esta América Latina, que con la presencia de las nuevas fuerzas políticas, y si se debe presentar observaciones sobre la pureza de las elecciones nunca han sido tan controladas con la asistencia de organismos internacionales, desde la OEA, la Unión Europea, hasta de centros privados como la Fundación Carter o American Watch. Si se acusa al gobierno Chávez de usar los recursos del Estado para reelegirse, se puede observar que siempre ha sido así en este país y que, frente a Chávez, sus opositores no han carecido de legiones de asesores y de recursos venidos de afuera, así como del uso y del abuso de los medios de comunicaciones. Mejor que no sea así desde luego y mejor que no sea como las últimas elecciones en Colombia con presencia terrorista de paramilitares imponiendo a sus amigos. Existe, desde luego, una fuerte personalización que es la traducción de la falta o debilidad de las estructuras políticas que serían las más adecuadas.

Un aspecto nuevo apareció en mayo del 2007 con la no renovación del derecho de emitir a la principal y más antigua empresa de televisión de Venezuela por canales públicos, caracterizada vocera de una oposición de todos los instantes: RCTV. Es la denuncia, dentro y fuera de Venezuela, de un posible atropello y luego una restricción a la libertad de expresión. Dos consideraciones y una inquietud: la suspensión de emitir contra la principal emisora

privada y una de las más antiguas se ha hecho respetando los procedimientos legales previstos y en la fecha del fin de la concesión que no implica su renovación sistemática. Este canal es desde antes de la primera elección de Chávez su más vehemente opositor llamando permanentemente a derribarlo, instigando al golpe de Estado y apoyándolo cuando se produjo en abril del 2002. Su presidente Marcel Granier, se ha dedicado, fuera de su país, a movilizar cuanta asociación de prensa existe, desde la Organización Interamericana de Prensa hasta Reporteros sin Fronteras, para desacreditar al presidente de su país. La violencia de tono de esta emisora no tiene igual en esta parte del mundo, no caracterizada por la moderación de tono, desde hace muchos años, era señalada como el ejemplo de lo que es una prensa amarilla. Pero también, su castigo por el Estado, que no afecta a otras empresas privadas, y no le impide emitir en otras redes como la televisión por pagar, no es una señal buena y existía otra manera de marcar reglas de información veraz, sin callarla. De ahí es posible, desde el Estado, que éste mañana considere esta solución como fácil y la vuelva a usar, lo que no ha hecho hasta el día de hoy ni contra la prensa escrita. En otros países existen presidentes que polemizan contra la prensa escrita, imponen su presencia en la radio o la televisión, intimidan a determinados periodistas, países donde mueren asesinados muchos periodistas y otros deben exiliarse sin que se arme el mismo escándalo.

El episodio de mayo del 2007, en Caracas, deja un sabor amargo y permite que un José María Aznar, desde su Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, compare al régimen de Caracas con el terrorismo islamista.

En las perspectivas, tal vez, las mayores reservas giren en torno a cuatro puntos: la excesiva o, por lo tanto, precaria personalización del poder en unas pocas personas-faros. Esto vale tanto en Venezuela por Chávez como en Brasil por Lula, pasando por Bolivia o por Ecuador. Qué sería de estos movimientos, partidos, propuestas sin sus dirigentes, del PT sin Lula y lo que representa para la identificación del pueblo, igual que como punto de convergencia de corrientes diferentes.

Como complemento de lo anterior, se debe apuntar la difícil y frágil construcción de un movimiento o partido que elabore colectivamente y participe, a todos los niveles, de la implementación de su programa de gobierno. Es distinto estar en la oposición (hasta se genera una cultura de la oposición) y gobernar. No se han superado los proselitismos y monopolios de capilla con mutuas recriminaciones y, debido a las historias locales, buena parte de esta lucha por la hegemonía en lugar de la creación de una nueva cohesión gira en torno a los comunistas. Muchos los denuncian o formulan exclusivismos en contra de ellos, pero son el mejor abastecedor de cuadros políticos o de técnicos preparados y motivados de que se dispone en muchos países. La cuestión del partido, como la vino a formular el presidente de Venezuela, en 2007, es como se vio, anteriormente en México o Brasil, sin que sea definitivo, una tarea ineludible y difícil que no se resuelve por imposición administrativa sino por persuasión y requiere tiempo. Sin ello, cualquier construcción será sobre arena.

La elaboración del programa de gobierno no es tarea fácil y debe ser flexible por un lado, por tener en cuenta diferentes soluciones según

los países que no tienen los mismos recursos, el mismo vecindario, la misma historia. Pero no se puede ir de improvisación en improvisación, dando tumbos y la asistencia social, siendo indispensable hasta para un Fox o un Calderón, no cumple con este papel. Bolívar o Tiradentes no sirven como programa, son antes que todo, banderas que dan un sentido colectivo, pero hay que construir países donde quepan todos, en especial los que nunca pertenecieron de verdad. A menudo, el ascenso al poder ha precedido el programa y, se puede entender, pero varios meses, a veces años después, ya hay que saber lo que se hace.

Por fin, los países que participan de esta orientación deben saber en qué mundo están: la denuncia abstracta (o, a veces, con bases reales) del gobierno de Bush y su política, o la confrontación con tal o cual multinacional no son respuesta suficiente. Esto implica tener claridad sobre la actual organización del mundo y la actitud frente a sus principales actores: ¿es necesaria la confrontación, buscarla o es preferible mantener un nivel de relación que se puede estimar correcto? Como, dentro de esta perspectiva, considerar el complejo sistema interamericano y más allá de él, la ONU u organizaciones como la OEA, la OMC frente a las cuales tienen actitudes bien diferentes Brasil o Venezuela (que se retiró del FMI y del Banco Mundial en abril de 2007).

Más fundamental, pero no más fácil, es considerar los avances y retrasos de la necesaria integración subcontinental para sumar fuerzas: salirse de la Comunidad Andina o servirse de ella por poco dinámica que sea; trabajar dentro de Mercosur con todos sus socios, más activa, pero que también conoce

sus contradicciones, sus limitaciones, superponerle una organización nueva con el riesgo de enredar definitivamente la maraña. Los dirigentes latinoamericanos han tenido muchas oportunidades de discutirlo en sus múltiples reuniones; han alternado los períodos de reflexión y prudencia con las estridencias y las excomuniones. En esto, el verbalismo latinoamericano puede crear enredos inútiles, crear conflictos innecesarios, evitables aun cuando las contradicciones sí existan.

El momento actual en América Latina, significa un repudio profundo y masivo de las políticas económicas liberales hasta hace poco hegemónicas. No nos dice aun cómo sería una nueva política, apenas hay pistas. Marca también, a través de la democratización, que va a ser difícil, de ahora en adelante, la expresión, intervención de sectores populares hasta hoy marginados de la decisión política o puestas en situación de clientela. Tienen algo que decir y parece que lo van a decir, a su manera, que posiblemente no será siempre la de la gente de buena compañía, de los clubmen que monopolizaban la política, en su beneficio la más de las veces.

Fuera de esto subsisten incógnitas, incertidumbres que permiten prever muchas dificultades, tumultos y posibles retrocesos. Es un momento apasionante que exige bastante sangre fría, mucho espíritu de servicio, en particular de los intelectuales que deciden participar en él; no es un momento fácil y habrá probablemente golpes que recibir si no se usa la necesaria modestia.

Ni pesimismo, ni optimismo sino lucidez y también saber con quiénes estar porque ¿será

posible la torre de marfil cuando se trata de la arquitectura, de la construcción, de los materiales con que estarán hechos estos países en su bicentenario de independencia?

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA

Libros

- Ahumada, Consuelo, Angarita T. (ed.). *La región andina entre los nuevos populismos y la movilización social*, Universidad Javeriana, Bogotá, 2003.
- Collier, David (ed.). *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1979.
- Dabène, Olivier (ed.). *Atlas de l'Amérique Latine*, Paris, Autrement, 2006.
- De la Torre, Cristina. *Álvaro Uribe o el neo populismo en Colombia*, La Carreta, Bogotá, 2005.
- Elizalde, Rosa Miriam, Báez, Luis. *Chávez nuestro*, La Habana, Ed. Abril, sin fecha.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
- Johnson, John J. *Continuity and change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1969.
- Ianni, Octavio. *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Nueva Era, 1975.
- Lancha, Charles. *Histoire de l'Amérique hispanique de Bolívar à nos jours*, Paris, l'Harmattan, 2006.
- O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philipp, Whitehead, Lawrence. *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Rodríguez Garavito, César, Barreto, Patrick, Chávez, Daniel (ed.). *La nueva izquierda en América Latina*, Bogotá, Norma, 2005.
- Saint Upery, Marc. *Le rêve de Bolívar; le défi des gauches sud américaines*, Paris, La Découverte, 2007.

Artículos

- Bailby, Edouard. "Gauche latino américaine", versión Uruguay, *Le Monde diplomatique*, París, n° 635, febrero 2007.
- Basset, Yann. "Evoluciones recientes de los sistemas partidarios en América del Sur", *Opera* 2003-2004, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2003.
- Basset, Yann. "Aproximación a las nociones de populismo y gobernabilidad en los discursos contemporáneos sobre América Latina", *Opera* 2006-2007, Universidad Externado de Colombia, 2006.
- Boerstner, Demetrio. "Gobiernos de izquierda en América Latina, tendencias y experiencias", *Nueva Sociedad*, Caracas, n° 197, 2005.
- Borón, Atilio, A. "Brasil 2005; ¿los inicios de un nuevo ciclo histórico?" *Oasis* 2003-2004, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2003.
- Boyer, Jean François. "Une gauche mexicaine en désordre de bataille", *Le Monde diplomatique*, París, n° 637, abril 2007.
- Castañeda, Jorge. "Latin America's left turn", *Foreign Affairs*, New York, vol. 85, n° 3, mayo-junio 2006.
- Couffignal, Georges: "L'Amérique latine rêve encore d'unité", *L'Histoire*, París, n° 322, julio- agosto 2007.
- Dabène, Olivier. "Lula, la esperanza", *Oasis* 2003-2004, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2003.
- Dabène, Olivier. "Le siècle des populistes", *L'Histoire*, París, n°322, julio- agosto 2007.
- Delcas, Marie. "Venezuela, petro socialisme à la Chavez", *Le Monde*, París, 7 de julio 2007.
- "Dreaming of glory, a special report on Brazil", *The Economist*, Londres, vol. 383, n° 8524, 14 de abril 2007.
- Fregosi, Renée. "La gauche, l'internationale socialiste et la troisième voie en Amérique latine", *Cahiers de l'Amérique latine*, IHEAL, París, n° 46, 2005.
- Hakim, Peter. "Is Washington losing Latin America?" *Foreign Affairs*, New York, vol. 85, n° 1, enero-febrero 2006.
- Hermet, Guy. "L'Amérique Latine entre démocratie et populisme", *Ramses* 2004, París, Dunod, 2003.
- Krauze, Enrique. "Furthering democracy in Mexico", *Foreign Affairs*, New York, vol. 85, n° 1, enero-febrero 2006.
- Meurisse, François. "Politique sociale, la méthode Chavez", *Alternatives Internationales*, París, n° 33, diciembre 2006.
- Moreano, Hernán, Donoso, Claudia. "Populismo y neo populismo en Ecuador", *Opera* 2006- 2007, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.
- O'Donnell, Guillermo. "Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado burocrático- autoritario", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 22, n° 86, julio-septiembre 1982.
- Olano, Aldo. "El renacer de la democracia en el Perú", *Oasis* 2001, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2002.
- Olano, Aldo. "El Perú y las falacias del neo populismo", *Opera* 2006-2007, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.
- Petkoff, Teodoro. "Las dos izquierdas", *Nueva Sociedad*, Bogotá, n° 197, 2005.
- Pinto Ocampo, María Teresa. "Una base impermeabilizante del neo populismo", *Opera* 2006-2007, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.
- Reyes, Andrés y García, John. "El debilitamiento del sistema democrático venezolano", *Oasis* 2002, Universidad Externado de Colombia, 2002.

- Rosch, Michael. "Neo populismo, desestabilización sistémica o recuperación de la estabilidad, la quinta república en Venezuela", *Opera* 2006- 2007, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.
- Saint Upery, Marc. "¿Etre indien dans les Andes? D'abord un concept social", *Ulysse*, Paris, n° 110, septiembre - octubre 2006.
- Shifter, Michael. "In search of Hugo Chavez", *Foreign Affairs*, New York, vol.85, n° 3, mayo-junio 2006.
- Stefanoni, Pablo. "Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales", *Nueva Sociedad*, Caracas, n° 209, 2007.
- "Time to wake up, a survey of Mexico", *The Economist*, Londres, vol. 381, n° 8504, 18 de noviembre 2006
- Toletti, Sandrine. "Nous sortons de l'ère démocratique; entretien avec Guy Hermet et Marc Sadoun", *Alternatives Internationales*, Paris, hors série n° 4, noviembre 2006.
- Vargas Llosa, Mario. "Le racisme à l'envers ne résoudra rien", *Courrier International*, Paris, Hors série, junio-julio 2007.
- "Venezuela, the opposition gagged", *The Economist*, Londres, vol. 383, n° 8531, 2 de junio 2007.

Gilhodes, Pierre.
 "¿América Latina: giro a la izquierda?", en *Oasis* 2007 - 2008, núm. 13, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia, pp. 147-176.